

CRONICA INTERNACIONAL

UNAS DECLARACIONES DEL MINISTRO DE MARINA COMENTADAS.

Enseña un héroe muerto en Alcazarquivir junto al rey Don Sebastián que el arte militar es también arte político para los príncipes que conducen Estados. Antes que el héroe dijo Campanella, napolitano, aunque súbdito de nuestro rey Felipe, que de regir y de mantener las monarquías tres son los instrumentos: el idioma, la espada y el tesoro. Poniendo escolios a estas frases, escribimos en *Escorial*: «Juntas decaen en la universal monarquía de los Austrias las jornadas militares que han prestado su fragor y su relumbre a Aldana y el poderío de nuestras flotas. Es el marqués de la Ensenada ya en el siglo XVIII el reorganizador de la Armada, que es como decir el reorganizador de la grandeza. Le precede en realidad en la empresa el milanés Patiño, a quien Alberoni mueve como el mejor estratega en el toma y daca con Walpole o con Koenigsek. Él funda el arsenal de La Carraca en 1724 y el Colegio de Guardas Marinas del que salen Jorge Juan y Ulloa. Ministro poco después, repite mucho que tener escuadra es tener independencia y no tener escuadra es vivir subyugados y en rehenes.» Y también: «Don Zenón de Somodevilla actúa a los diecinueve años en la Intendencia de la Marina gracias a la protección de Patiño. Diez años después, Don Carlos, rey de Nápoles, le concede el marquesado de la Ensenada y logra

que Felipe V le confiera la secretaría del Almirantazgo, en la que desborda de sí y hace más de lo que puede. Malhaya el impostor que enseña que nuestras obras son barcos de papel en el torrente de las edades. Si no son más que nuestras, quizá zozobren; pero si son sillares que llevamos a hombros a las construcciones del Estado, nos serán contadas en la plenitud de los tiempos.» Son piedras miliares las que aporta a la Patria el marqués desde sus empleos, entre los que están las cuatro secretarías de Hacienda, Guerra, Marina e Indias. Releemos aún complacidamente su informe *Idea de lo que parece preciso para el día*, no inferior a otros de que tanto se habla, como el *Tratado de la regalía de Amortización* de Campomanes, o el *Memorial de Floridablanca*, o el *Informe sobre una ley agraria* de Jovellanos, que ya no son sillares al hombro para una empresa común, sino piedras de escándalo y no de edificación contra la propiedad amortizada en vinculaciones o en mayorazgos.

La gestión de Ensenada es tan conocida que nos releva de todo recuerdo. Son los días en que el gobernante envía a Jorge Juan a Londres y trae a España del otro lado del Bidasoa, del Canal de la Mancha o de los Vosgos ingenieros navales como Tournell y Briant, o metalurgistas e ingenieros de Minas como Bowles o Kess, que escriben libros que nos son útiles aún, sobre nuestras riquezas naturales. Pero recordamos sobre todo al marqués de la Ensenada porque construye una Armada que le asegura al país la independencia a la vez que las rutas exteriores para el comercio. Gracias al marqués recobra España el esplendor del Arte militar del buen tiempo y la conciencia de su poderío al ver la Escuadra que crece en los astilleros de El Ferrol, Cádiz, Guarnizo, San Feliú, Cartagena y La Habana. Aunque D. Antonio Valdés recoge en los días de Carlos IV el impulso de Ensenada, Trafalgar interrumpe un destino que ha dado sus fulgores últimos en 1779 en la acción mancomunada de España y Francia contra Inglaterra. Reanuda el nuevo Estado las tradiciones más firmes de la Marina, a la vez que las del Ejército con otras más que se ligan el idioma, la espada y el tesoro.

En la *Revista de Marinha*, de Lisboa, Mauricio de Oliveira recoge unas declaraciones del ministro de Marina, el almi-

rante D. Salvador Moreno. Del Estado actual de la Armada habló el ministro al Sr. Oliveira.

Se están reconstruyendo a fardo —recordaba— los tres cruceros de 7.000 toneladas del tipo «Almirante Cervera», a la vez que se restaura el crucero «Navarra» (antiguo «Reina Victoria Eugenia»), de 4.800 toneladas, y se transforma un crucero antiaéreo, el «Méndez Núñez», de 4.500, que pasará a servir de escuela para los de la Defensa Antiaérea de la Marina. Se modernizan además todos los contratorpederos y se mejoran los submarinos más antiguos, hasta que suene la hora, ya muy próxima, de reemplazarlos.

Pero oigamos al ministro referirse a las nuevas construcciones:

«Hicimos en estos años difíciles de guerra seis lanzaminas en El Ferrol, cuatro de ellos de 2.000 toneladas y dos de 1.500. Construimos ahora una serie de grandes cañoneros. Tenemos además en astilleros en El Ferrol una flotilla de nueve contratorpederos de 1.500 toneladas, y estamos a punto de terminar en Cartagena dos nuevos submarinos de la clase D, el «D-2» y el «D-3», de 1.050 toneladas en la superficie.»

El periodista portugués se aventuró a inquirir cuál sería la política naval de España hasta que termine la guerra y se adopten las decisiones que sus enseñanzas aconsejen. El ministro respondió que las flotillas de gran potencia no pueden ser ni aun provisionalmente olvidadas.

«—Un mínimo de tres flotillas, con nueve unidades cada una. La primera (navíos de 1.500 toneladas) está en plena construcción; la segunda (navíos de 2.500 toneladas), tendrá sus quillas puestas en el próximo año; la tercera (iremos abí para las unidades de 3.500 toneladas) comenzará a construirse a fines de 1945 o a principios de 1946...»

Y el ministro agregó:

«—En este punto tenemos ya nuestras ideas asentadas y no las modificaremos.»

Más anunció animosamente el almirante Moreno:

«España tendrá los acorazados, grandes o pequeños, que más convengan a nuestra política de soberanía y de prestigio en el mundo.»

En suma: los navíos que llevan al otro lado del mar y a

otras gentes, como llevaban en los días de oro, habla ilustre, religión, casta, leyes y decoro.

Como las declaraciones del ministro de Marina han sido comentadas en periódicos extranjeros, las recogemos aquí.

LOS RUSOS EN LA SILESLIA
Y EN LA PRUSIA ORIENTAL.

Estaban las divisiones rusas el 10 de enero detrás del Vístula y el 31 en el Oder, río de la Silesia que va de los Sudetes al Báltico y pasa por Breslau, Francfort y Stettin. En tres semanas han avanzado unos cuatrocientos kilómetros de profundidad. Se aproximan en la Prusia Oriental a las zonas de Elbing y de Koenisberg, a las que llegó difícilmente un mariscal como Soult, héroe dos años antes de Austerlitz. Nacen en Koenisberg un traductor de Homero, Pablo Jeremías Bitaubé, a quien Francia recuerda, y Kant, de quien sale una mitad por lo menos de la filosofía europea del siglo XIX. En la región de Tannenberg no ha habido por parte de Alemania gran resistencia; en la de los lagos mansurianos, tampoco. En agosto de 1914, unas mismas titulares anunciaban en dos mil periódicos «Los cosacos a cinco etapas de Berlín». Días después, una contraofensiva al este del Vístula, mandada por Hindenburg, envolvió y capturó a un ejército ruso en Tannenberg. A las dos semanas justas, el 10 de septiembre, aniquilaba a otro en los lagos mansurianos. ¿Cómo no recordar ahora los hechos de Hindenburg y de su «alter ego» el estratega y jefe del Estado Mayor en Prusia, Ludendorff?

Abandona el Reich territorios, pero no por igual en todas partes. Los críticos militares hacen notar que en el frente del Oeste y en el Danubio los alemanes resisten con entereza casi legendaria. Para avanzar cuatro leguas al este de Aquisgrán se han necesitado meses. En el frente italiano combaten las fuerzas del Reich con milagrosa pujanza. A la defensa de Bolonia baja el honor de sus cimas más puras. Es la ciudad del Primaticio, de los tres Carracios, de Mezzofanti, el que supo cincuenta y dos idiomas; de Galvani, y casi la de Carducci. Pero si la defienden los alemanes con tanto ardor, no es por

eso ni porque sea «grassa e sottile», ni por sus monumentos. En Budapest se baten por la capital de Hungría, pero a la vez por Bratislava y por Viena. En Bolonia, en cambio, no pelean más que por esta ciudad, no siendo por la totalidad de unas posiciones que le sirven a su patria de glacis. No se explican los críticos militares que Berlín ajustase con Helsinki un pacto militar tardío. ¿Qué podían hacer ni el Führer ni Ryti ya en favor de Finlandia? Rendulic es un héroe y perdió a la hora del sacrificio no menos que von Welchs en los Balcanes. De esas fuerzas noblemente inmoladas ha necesitado el Reich y necesita de otras, hoy dispersas. Muchas de Finlandia están en Noruega. ¿Cómo tanto vigor en el Oeste no es emulado por un vigor parejo en el Este? ¿Por qué los soldados alemanes han ido cediendo Tarnowitz, Gleiwitz, Pless o Posen, Thorn y Kūstria? Es difícil responder, porque el que indaga encuentra algo que es enigmático.

Un día Berlín declara en un despacho que Posen es atacada por el Este y por el Sur; Bromberg, por el Sur y por el Oeste, mientras que Thorn está cercada. Las tres ciudades pertenecían a la Polonia creada por el Tratado de Versalles. Antes de él, Posnania era provincia del Reich, situada al este de Brandeburgo, cuya capital es Berlín. Bromberg y Thorn se abren al pasillo de Dantzig, ciudad libre, si antes burgo hanseático por el que estalló la guerra. Había en el despacho sugerencias ciertamente aciagas para los alemanes. Pero otro despacho nos desconcertaba más aún que el primero. Los rusos iban más al oeste hacia Schneidemühf, nudo ferroviario al norte de Posen. Por Schneidemühf se llega a los sectores bálticos de Köstin y Kolberg, en la misma Pomerania que los aliados ofrecen a Polonia, a la que Rusia cercena media nación más o menos. En días sucesivos hasta hoy nos van llegando nuevas noticias que sobrecogen a una parte de Europa, de la que los mismos ingleses no se excluyen. Los rusos avanzan aún y siempre, y están resueltos a tomar Berlín. Piedra a piedra lo defenderán los alemanes, si hemos de creer al Führer, al ministro de Propaganda, Goebbels, y al doctor Sündermann. «Berlín —decía el subjefe de la Prensa del Reich— se moviliza por segunda vez no para resistir, sino para devolver golpe por golpe.» Desde la creación del «Volk-

sturm» y la guerra total todos y cada uno están en sus puestos y conocen la misión que se les ha confiado. Piedra a piedra también han defendido Posen, Steinau y Schneidemühl las muy esforzadas guarniciones. Pero en estas ciudades y en otras los combatientes del Reich actúan separados del grueso del ejército. Sobrevienen esta rotura y esta dispersión porque no se traen ni a la Prusia Oriental ni a Silesia divisiones que, como las doce de Noruega y las que luchan en Curlandia y en Libau, están lejos. Se deben estas fuerzas a un heroísmo no ya de cantar de gesta, sino de libro de caballería. En cuanto a las guarniciones que mantienen en La Rochela, en Saint Nazaire o en Lorient el fuego, sin conexión con los suyos, reconfiguran la mitología solar de los arios de Germania. Se cubren, es verdad, de gloria, pero la fortaleza valdría más si rescatase a los ausentes. Concentró Berlín el genio creador de la Alemania de ayer y de siempre, y es por eso la «Caput Germaniæ», y tanto como «Caput», «lumen cordium». Después de Londres y Nueva York, es la ciudad más populosa del globo. Para Alemania es el hogar político y el gran consistorio de las ciencias y de las artes. Es metrópoli y es emporio industrial que tenía antes de la guerra 50.000 establecimientos fabriles y 70.000 talleres de artesanía. A Europa le eran familiares empresas como Siemens Schuckert, o Loewe, Borsig, Burgmann Goerz, A. E. G., Schwartzkopff, N. A. G. y otras y otras.

Es Berlín centro de las líneas ferroviarias de la nación y contaba con 116 estaciones. Una red de vías navegables reúne Berlín al Oeste y al Este de Alemania y al mar del Norte y al Báltico. El tráfico que la capital mantiene con barcos con Stettin y otros lugares iguala casi al tráfico ferroviario. Berlín ocupa actualmente en la navegación fluvial el segundo puesto después de Duisburgo-Ruhrort. Es aeropuerto central en el Tempelhofer Feld, y comunica con los mejores aeropuertos de Europa.

Quiera Dios que los rusos no penetren allí en la Universidad, en las bibliotecas, en los museos, en los jardines o en el Observatorio. Quiera asimismo que no desmonten la estatua del Gran Elector, obra de Schlüter, o la del Gran Federico, o la del príncipe de Bismarck, ni se alojen en Potsdam en el

castillo de Sanssouci, ni en el Stadtschloss, ni en otras residencias reales. ¿Qué harían allí con la cintura de parques que cubre no menos de 1.550 hectáreas? Todo esto es impensable para nosotros, pero ocurriría si los alemanes no definden a Berlín piedra por piedra.

Estos días se insiste en que el mariscal von Paulus, héroe alemán en Stalingrado, y el general Seydiitz y un descendiente de Bismarck, prisioneros en Rusia, aseguran desde Moscú por la radio que Rusia no desea destruir Alemania. El comportamiento de estos militares es otro enigma que nos roba paz. El avance ruso bastaba para la inquietud de un viejo europeo y de un viejo católico. Bastaba, pero...

PARCIALIDAD Y SERVIDUMBRE VOLUNTARIA.

Sabemos que la dicha no consiste en la riqueza, como tampoco en los honores, en el poder o en la fama. No consiste en la sabiduría ni en los deleites, ni siquiera en los bienes del alma. Lejos del hombre ha estado siempre, pero nunca más que ahora de la familia europea. A las guerras entre naciones se suman las guerras civiles, y a los muertos y a las ruinas la deformación de los conceptos morales. Quien inmola el bienestar al honor como quien lo inmola al deber acata reglas de hidalguía que no envejecen. Tomar en alto la existencia y darla si su pueblo se la pide, es de bien nacidos. La gran largueza obliga a dar lo que se tiene, más de lo que se tiene y lo que no tiene. Son no pocos los que dan la alegría que les falta o el ánimo que en ellos desfallece. Pero si les mandan, además, que entreguen la dignidad, que es el mejor de los patrimonios, ¿ha de entregarla? Voluntariamente, no, aunque si resiste se la arrebatan. Debe a la guerra el linaje humano virtudes altísimas, pero también males sin cuentos. No ha sido casi nunca el choque de armas el juicio de Dios ni el torneo de sangre de que el infante Don Juan Manuel, el del *Libro de los Estados*, hablaba. Ya La Boetie vió hasta dónde las discordias entre bandos como las discordias entre pueblos son un castigo para todos. Vió saqueos de ciudades y ejecuciones casi increíbles, como las que dispuso el

condestable de Montmorency en Burdeos. Vió de cerca esclavitud y miseria, y vió a los grandes corruptores, y a los grandes corrompidos, bajo los Valois y los Guisa. Quien lea la *Servidumbre voluntaria* o el *Contra uno* asistirá al esfuerzo de un justo para devolver la dignidad a los hombres. Le dicen ahora que es el precursor de la filosofía reivindicadora de los derechos naturales. Lo es cuando escribe: «Si hay algo claro y aparente en la Naturaleza, es que ella, ministro de Dios y gobernadora de los hombres, nos ha hecho a todos de una misma forma, y al parecer de un mismo molde, a fin de que entre nosotros nos conozcamos como compañeros o más bien como hermanos.» Los procesos políticos olvidan esta lección y otras más elementales. En Bulgaria han sido fusilados los tres ex regentes, Cirilo, príncipe de Preslaw, el general Michof y el profesor Filof, y veintidos ex ministros. El príncipe era hermano de Boris III y tío del Rey niño Simeón, que cumplirá el 16 de junio los ocho años. El Tribunal de Responsabilidades le imputó concomitancia con el Eje. El príncipe, aunque nacido en Sofía, era por su padre Don Fernando, vienés, un Sajonia Coburgo Gotha, y por su madre, romana, un Borbón Parma. Boris III casó en Asís con Giovanna de Saboya, hija de Víctor Manuel y la Reina Helena. El Tribunal no mide ni pesa estas inclinaciones de la sangre, y pues era duro con Michof y Filof, lo ha sido también con el príncipe y con los miembros del Gabinete de Filof, que entraron en guerra con la esperanza de poseer Tracia occidental y Macedonia. La prensa prestó resonancia a este sueño y Filof no estuvo solo. El Monarca le apoyó, y como el Monarca millares y millares de búlgaros que hacían del irredentismo bandera. Hoy se acusa a Filof de haber ido a la guerra, como a Bayidof de no haberla liquidado. Para muchos gobernantes más, como Bojilof, Bagrianof y Muravief, primeros ministros, pide el Tribunal grandes penas. Y no para ellos tan sólo, sino para cien políticos más.

Digamos como el filósofo: «Es llegada la hora de internarse en los negocios y de ver mil cosas ingratas.» Sí, y no siquiera las últimas.

Un pretorio de Lyon ha condenado a Maurras a cadena perpetua. Apilemos hoy en la mesa de trabajo obras suyas. Cronológicamente la primera es *Le chemin de Paradis. Mithes et Fabliaux*, que ve la luz hace medio siglo. Treinta y seis obras le siguen, tan variadas como *La Antinea*, *De Atenas a Florencia* o el *Kiel y Tanager*; la respuesta al diario de Moscú *Rousskoie Slovo*, o las *Tres ideas políticas: Chateaubriand, Michelet y Sainte Beuve*; las *Inscripciones* o *El misterio de Ulises*. Estas obras son un islote de tierra firme en medio del río de lo que pasa. Son un bien para todos y para siempre y retan, sin retar a las agitaciones de los tiempos. Maurras comparece casi octogenario ante un Tribunal que le acusa de lo que es y de lo que no es. Podría responder con frases de un compatriota: «Dejadme reposar en mi creación, que en ella y sólo en ella me liberto de las contrariedades del mundo y de las mías propias. Dejadme hacer una obra acabada que yo tan sólo pueda hacer y con la que os sirva mejor que perdiéndome en vuestras disputas. Si es verdad que toda vida debe justificarse, consentid que me consagre a lo que me justifica aquí abajo.»

El bloque de obras de Maurras es un arca en el diluvio que la guerra traiga tras de sí. Bien lo sabe el director de *La Acción Francesa*; pero como es polemista a la vez que pensador, acusa a sus acusadores y los emplaza en el tiempo. Cuenta Maurras hablando de su niñez en su amada Provenza: «Me había dejado saturar de Homero y más aún de Virgilio, a quienes los horizontes provenzales y los trabajos y los días de nuestros labradores y nuestros marinos me los tornaban familiares. Pero más que otro alguno entonces Lucrecio me habitaba. Me había sido revelado por aquel de mis maestros al cual debo más, por no decir que le debo todo, el abad Pemón, que fué después uno de los obispos de Pío X. Sus estaciones, sus comentarios, su melancólica y trágica interpretación del *Poema de la Naturaleza* decidieron de la predilección de mi vida por este rincón de selva triste en el campo de luz de dos antigüedades. No he encontrado más

que en Lucrecio un semejante gusto de humanidad amarga y de fuerza tranquila, un sentido tan claro de nuestra relación con el destino y con nosotros mismos.»

Maurras traducía a Lucrecio y se embriagaba en él de pesimismo cristiano. También en Sófocles absorbía el de Martigues esa idea tenaz del drama de la vida. «Osaba preferir en Lucrecio —escribe— no sé qué murmurio del hombre enemigo de sí mismo, consolado como yo en los templos serenos del saber. Ningún antiguo, nunca, me fué tan próximo con Pascal, con La Fontaine, que monseñor Pemón había también acabado de desvelarme. Lucrecio ha seguido siendo mi compañero de todas las horas. Más de una vez me he separado de Pascal; de Lucrecio, jamás. Contiene todo lo que me sirve. Después de él, la poesía antigua y moderna puede repertirme su *¿quid machiner inveniam qui?*»

La condición humana, que es un drama en sí, se corrompe en la guerra ahora más que nunca. Eran antaño unos pocos poderes superiores los que se creían responsables de los choques de armas. Reyes, príncipes o miembros de senados hereditarios como los de Venecia o los de Hamburgo medían y pesaban no pocos intereses morales antes de desatar las batallas. Hacían la guerra no los ejércitos de conscripción, sino los de oficio, y la hacían más humanamente que ahora. Luis XIV, que se acusaba de amar la guerra demasiado, decía a sus mejores capitanes: «Hay que combatir caballerosamente y sin que el corazón se vacíe de clemencia para el vencido.» Ahora en los conflictos armados se domina para destruir, pero también para reemplazar hombre por hombre, hogar por hogar, campo por campo, y se restituye vigor a la frase célebre: «Quiero tu piel, ya que tú tardas en desollarme.» Las guerras civiles o las que invocan la revolución son las más despiadadas entre las que agitan en el planeta cabezas y corazones sin cuento. Ha recordado Maurras frecuentemente que la primera de las guerras revolucionarias duró veintitrés años e hizo morir a un millón de franceses. La segunda entre las grandes movidas por las democracias fué la de secesión en la América del Norte, que duró cuatro años y fué cruentísima. La del 70 segó en cinco meses más de doscientos mil hombres. En la de 1914 a 1918 cayeron dos mi-

liones de hijos de Francia, los unos en el fragor de los combates, y otros heridos en las fuentes de la vida derivaron a la muerte lenta. La guerra trae cada día más mortandad, como trae peores levaduras al corazón del hombre. Al estrago en las ciudades, advertía a tiempo uno de los últimos Papas, se sumará cruelmente el estrago de las almas. Este es el que más nos consterna a todos y el que Maurras sondea desde su prisión estos días, aunque su obra es arca al que las tormentas de los tiempos no hacen zozobrar. Pero además de esos libros que hemos apilado sobre la mesa y de otros que nos faltan, Maurras ha escrito incansablemente trabajos de prensa. Es en ellos más que en sus obras donde combate su pensamiento. Tiene veintitrés años cuando inicia su actividad política en *La Gaceta de Francia*, y la literaria en la *Revista Enciclopédica Larousse*. Es casi un muchacho cuando participa en la fundación de la Escuela Romana de Jean Moreas, y entre 1894 y 1897 funda la Escuela de los felibres con residencia en París.

Ese no es el polemista aún, pero de esa fecha data su colaboración en *La Cocarde*, de Barres, y en *Le Soleil*, de Edouard Hervé. Es después del «affaire» Dreyfus cuando se orienta resueltamente hacia la política, y consigue crear la Liga de la Patria Francesa, primero, y *L'Action Française*, después. Este diario acepta al principio la República, pero Maurras con su influencia, después de la *Enquête sur la Monarchie*, lo transforma en legitimista. Desde que Henri Vaugois muere en 1917, es uno de los directores del periódico que hemos leído años y años, para asentir o para disentir, todos. Otro de los directores, León Daudet, cuenta en su *Breviario del Periodismo* lo mucho que bregó con su pluma. «Tal y como me veis, hoy (1935) —escribía— tengo cuarenta y cinco años de periodismo en la pluma, y de ellos veintinueve de artículo cotidiano. En conjunto mis «papeles» de *La Acción Francesa* reunidos compondrían por sí solos varios centenares de tomos «in octavo» de 300 páginas, las cuales, unidas a mis cuarenta y siete novelas y ensayos, harían, tirando por bajo, una biblioteca de seis o setecientos volúmenes impresos —incluyendo, eso sí, las notas de la polémica diaria—, sin añadir mis colaboraciones anteriores en *La Nou-*

velle Revue, en el *Figaro*, en *Germinal*, en el *Gaulois*, en *Journal*, en el *Soleil*, en la *Libre Parole*. Es pavoroso, es imperdonable, es inverosímil, pero es así.»

Pues Maurras no ha escrito menos, y es más fácil combatir su doctrina que torcerla. En Lyon se han leído textos suyos, fragmentados, con lo que dejan de ser enteramente suyos por la letra como por el espíritu. Hemos recordado aquí que es suya la frase según la cual las inteligencias como las lunas de miel de los príncipes deben subordinarse a la razón de Estado. Iba en su nacionalismo el escritor legitimista demasiado lejos, y en Lyon le reprochan ahora tibieza. Ni en el orden religioso reprimió Maurras el pique galicano a que propendía. Se le reconvino desde su propio campo, y no sin zumba, porque iba camino de proponer un catolicismo con la Aviñon torreada que tramitase la salvación de los condecorados franceses. Del episcopado de su patria como de Roma recibieron él y los de su diario las reprensiones oportunas. ¿Cómo le acusan ahora de colaboracionismo después de meses y meses de su consigna «Francia sola»? Podría contestar el condenado con su poema de fuego «La batalla del Marne», oda histórica que se coge antes de empezar a tres textos: uno de Sófocles, otro que es la inscripción de Aix «Delubro Victoriae Aquensi», y otro, en fin, del Mistral de la Provenza, en que las cigarras hacen sonar la luz «Sian Gau Rouman e gentilome». La cortesía internacional le veda a una revista española el recuerdo de algunas de las imprecaciones del poema contra la vieja Germania. No el recuerdo del ditirambo solar a la Galia:

*Mère des loix, mère des arts.
Notre Pallas est soeur d'Hercule.*

¿Quién como el condenado de ahora ha sabido condensar en una oda virtudes, pero sobre todo númenes de dos mil años de historia? De los libros que hemos apilado en la mesa se puede y aun se debe disentir en un como ejercicio tónico. Pero están ahí como un islote sólido al que el río de lo que pasa no anegará.

LOS KARA GEORGEVITCH, PEDRO II, TITO Y SUBASIC.

Cuando Tsvckovitch firma la adhesión de Yugoslavia al Pacto tripartito, Pedro II, nacido en 1923, no reina aún. Alejandro I de Kara Georgevith es asesinado en Marsella en 1934, y Pedro, su hijo, menor aún, le sucede bajo la regencia del Príncipe Pablo, general de División en el reino de serbios, croatas y eslovenos. El general Simovitch, ante la adhesión al Pacto, se subleva y manumite al Rey del regente antes de la mayoría de edad. Las tropas del Reich penetran en territorio yugoeslavo y desbaratan el alzamiento. El Soberano se expatría y sigue desde lejos la suerte fluctuante de su patria. Rememora en el destierro episodios que han precedido a su nacimiento, pero le esclarecen la sangre. Alejandro I queda como en la divisa heráldica, vivo en la muerte, gracias a la Reina viuda que hace del recuerdo presencia. Es ayer aún cuando el mudar de los tiempos incorpora al dominio de los Kara Georgevitch Eslovenia, Croacia, Eslavonia, Bosnia y Herzegovina, y con estas provincias y la dálmata, las servias de la Hungría meridional. Nace así el reino unificado de serbios, croatas y eslovenos, reconocido sucesivamente por los *Tratados de Versalles, Saint Germain-en-Laye y Neuilly* en 1919, y por el Pequeño Trianón en 1920. Es ayer cuando se agrega Strumitza y se fijan las fronteras con Bulgaria, y se alcanza con la mano la fecha en que el Tratado de Cincbra concede la zona del puerto franco de Yugoslavia en Salónica. Si de ayer es, de hoy también, pues que rige, la Constitución que tiene al Rey por depositario de la unidad nacional y de la integridad del Estado.

En la querrela entre Tito e Ivan Subasic, presidente del Consejo, y el Soberano, se postergan normas constitucionales que para nosotros no son de bronce ni de mármol, pero para los Cuerpos colegisladores del Reino, sí. Pedro II acompaña en este parecer a la Skupchtina, que es la Cámara popular, y al Senado. Como el Rey, acatan la Constitución políticos que han gobernado a su país con la dignidad deseable, sean Mihailovich o Grol, Knezevich o Machek, sean el ya citado Simovich o Budisavlyevich. La doctrina de estos hombres

sobre el Estado no es quizá la nuestra, pero la rectitud con que la sirven no es tampoco del orden de las virtudes mínimas. Tito se alía con Subasic para instituir una regencia que proponga el régimen que ha de darse el país luego de que hable el plebiscito. Pedro II no admite la regencia, que no es un órgano de poder, ni una institución, ni un estamento. El Rey ha jurado la Constitución e incluye entre sus deberes el de consultar al pueblo y recoger su respuesta en las urnas. El honor le obliga a Pedro II a convocar elecciones sin que las bayonetas de los guerrilleros se lo recuerden. Así lo dice el Soberano en su réplica a la intimación de Tito, el mariscal, y de Subasic. Aquí se enseñó que el hombre por bajo que caiga puede salvarse, pero por alto que esté siempre está al borde del abismo. Para Tito estas sentencias son latín y no le sirven. Es, sin embargo, mariscal, aunque no siquiera como los veinticinco que Bonaparte creó entre 1804 y 1814. Aquéllos eran además príncipes de Ponte Corvo, como Bernadotte, o de Essling, como Massena, o de Wagram, como Berthier, o de Moscova, como Ney; o grandes duques de Berg y de Cléves, como Murat, monarca después en Nápoles; o duques sencillos de Montebello, como Lannes; de Valmy, como Kellermann; de Dalmacia, como Souet, o de Istria, como Bessières. Desleales a Napoleón hubo no pocos, pero mejores soldados que Tito fueron los veinticinco. Un mote de escudo que el marqués de Cabriñana repetía entre nosotros es aquel «Ceballos para vencillos». Los honores no han cebado todavía a Tito, pero le embotarán poco a poco. Él y Subasic se muestran en el pacto federalistas y aceptan que el plebiscito borre los privilegios reales. Pero el Monarca replica que sus abuelos son los creadores de Yugoslavia y les debe, antes que un patrimonio, un legado de honor. Nobleza obliga y sangre real, imperiosamente. A sus prerrogativas, pues, y a sus deberes no renunciará porque le está vedado.

Tito y Subasic quieren que un Consejo antifascista tenga poder legislativo sin restricciones hasta que la Asamblea constituyente haya terminado sus tareas. «Con esta concesión —dice Pedro II— se confiere el Poder en Yugoslavia a un solo grupo político.» ¿A cuál? Al que rinda el comunismo o al que está incurso en él. Ese grupo obedece a Zagreb, pero sobre

todo a Moscú, donde se crean órdenes militares y se invoca a Pedro el Grande para desconcertar a Europa. Pero el Monarca y su séquito de Londres sesga de pronto su actitud y declara en un comunicado que el acuerdo Subasic-Tito fué concertado para que la unidad yugoeslava prevaleciese, y la unidad es todo. Pero Subasic y el mariscal son croatas, y la dinastía de los Kara Georgevitch, servia. Hay que convenir en que Servia ha sido el núcleo rector del reino. Los croatas son católicorromanos, y los servios, ortodoxos, y de civilización bizantina que usan el alfabeto cirílico. Servios son, sin embargo, en la histotia de Yugoslavia, los que dan algunos héroes, y algún legislador, y algún poeta que Europa suma a los suyos. Pedro II ha cedido porque Inglaterra, después de vencer al E. L. A. S., extrema su cortesía con Stalin. Condesciende el Rey con los croatas que oyen a Moscú, pero no hasta el punto de avenirse a que Tito se le dirija no directamente, sino por medio del Gobierno. Pedro II pide que Subasic dimita, y piensa en un Gobierno presidido por Milan Croef, ex ministro del partido demócrata servio y animador de los grupos yugoeslavos de Londres. Subasic recibe hostilmente las sugerencias del Monarca y amenaza con el regreso a Belgrado y la coalición cerrada con Tito. Como la Gran Bretaña se inhibe en el pleito o se retrae al menos, son no pocos los que vaticinan que la suerte de Pedro II está echada y con la suya la de los Kara Georgevitch. Haga Dios que estos augurios no se cumplan y que resuene en la conciencia de Europa un «¡basta ya!» ... ¡Basta!...

CHIANG-KAI-CHEK NO ES EL TETRARCA
DE LOS «BIG FOUR».

Chiang-Kai-Chek no es todavía el tetrarca de los «Big Four». En la Asamblea de Dumbarton Oaks, la China de Chung-King fué nación pensante. Quiso promover allí el retorno de la Sociedad de las Naciones al mundo de los vivos. La Sociedad no ha muerto del todo, pero duerme como un faraón en esos hipogeos que son rompeolas de siglos. Fundada en un ayer que se toca con la mano, más que de ayer

nos parece de nunca. Antes de dejarse morir se ha dejado embalsamar, y no va a ser un taumaturgo chino quien la reanime. Si llamamos faraónica a la Liga de las Naciones no es para aludir como a un misterio a la vejez de Egipto. Cuando Legrain hizo su repertorio genealógico y onomástico del Museo del Cairo, un periodista le preguntó:

—¿No hay en la obra algunas invenciones?

—No las hay —repuso Legrain—. Un europeo de hoy sabe de un egipcio de hace tres mil años tanto como un egipcio de hace dos mil novecientos noventa.

Champollion el joven sabía del país de los faraones mucho más que los mismos faraones a los que hoy visitamos en sus enterramientos. Quien más, quien menos, conoce la paradoja del capitán Vell, autor de libros sobre fortificaciones y sobre decretos, títulos y protocolos del Imperio egipcio: «Daría mi patrimonio y tres estrellas de mi bocamanga por conocer la vida de los mariscales de Napoleón como conozco la de los grandes soldados de la tercera dinastía.» Para que las vidas se perfilen con vigor sobre el fondo de la Historia necesitamos perspectivas de siglos; perspectivas, eso sí, que las atalayas de la erudición van disminuyendo. Así uno de los historiadores, para quien la probidad no es virtud menor, ha narrado día a día, desde el nacimiento hasta la muerte, la vida de Carlos I. Imaginemos que a Eraso, en cuyas manos puso el Emperador la renuncia de la Corona en 1556, se le hubiera dicho: «Usted, Eraso, que es tan meticoloso, va a escribir, día a día, desde el nacimiento hasta la muerte, la vida de Carlos.» Se podría ahora hasta plasmar en barro el estupor de Eraso.

Hoy, trescientos ochenta y nueve años después, no hay día de la campaña de Trípoli que no se ofrezca a nuestra curiosidad con relieve luminoso. La Historia no elimina, claro está, de su dominio la duda. La creencia sin el margen de ironía es credulidad o es embeleso infantil ante la magia de cuento. Pero que la duda no enerve nuestra firmeza y sea como el canto del gallo o la suspicacia que madruga. Que vigile y hasta alegue con el buen sentido, pero no ni mucho menos prosaicamente. Hemos hablado nosotros del coleccionista que poseyendo cinco mil monedas de la antigüedad

y de la Edad Media se avino a morir de inanición por no comprar su pierna de carnero con una libra de Pipino el Breve. La Historia es un laboratorio, pero también un santuario, y nos impone actitudes de un cierto empaque. Ante ella la duda y hasta el recelo se legitiman; pero de eso a sospechar que sus datos sean el mentir de las estrellas, hay distancia.

En el año tres mil novecientos noventa y cinco los anales de la Sociedad de las Naciones serán diáfanos como el medio-día. Entonces sí; pero hoy, sin ser ignotos, no nos ofrecen perspectiva para el juicio. Confía Chang-Kai-Chek en que un injerto de glándulas reanime en Ginebra al entumecido Areópago. En Dumbarton Oaks se oyó este proyecto como se oyen planes utópicos, que ni son ni serán, mientras la Tierra gire, los últimos. El triunvirato no le recibe todavía como a un igual. Churchill, Roosevelt y Stalin piensan que el tres, número impar («numero Deus impare gaudet»), tiene magia y el cuatro no. Son triunviros, no cuadrunviros, dos a dos, como Chang desea...

El gobernante de Chung-King es gran soldado, pero la fortuna es esquivá y de más ardides que él. Da Chang y quita mandos con rigor y no perdona ni a los amigos de siempre. A un general norteamericano, Stilwell, a quien tenía como consejero con la aquiescencia de Wáshington, le relevó de sus funciones como relevaría a un compatriota. Stilwell juega y pierde, como juega y gana, sin inmutarse, y acepta muy correctamente la despedida. Chang-Kai-Chek manda además fuerzas aliadas y es uno de los jefes de la «Unión de Ejércitos Libertadores». Un senador norteamericano, Chandler, atribuyó a Churchill el deseo de que el Estado chino no se coligase con los otros tres en la gran tetrarquía. Sondando los silencios de Churchill, puede Chandler aprontar una oceanografía de la conjetura. No hay un Estado chino tan sólo, sino dos, y aun tres, y el de Chung-King es una amalgama de pueblos a los que la unidad confedera, pero no refunde. Entre los generales del Ejército no amaina la discordia ni cesan las levas que algunos hacen por sí y para sí. De estas anomalías y de otras se ha quejado el *Boletín* de la Asociación de Política Exterior de los Estados Unidos. El recluta-

miento es deficiente en la China central, y la máquina de guerra cruje por sus juntas. «De cada veinte reclutas chinos —escribe el *Boletín*— es uno el que llega al frente de batalla.» El *Times* es más severo que el *Boletín*, pues que escribe: «La China oficialmente se halla en el segundo período de desarrollo predemográfico —del programa de Sun-Yat-Sen.»

Chang-Kai-Chek no es entre los tres grandes el cuadraviro. En un discurso, un lugarteniente de Chang afirmó que en la vasta China no ha habido desde los Tsin un gobernante como el general que quiere ser tetrarca. El quinto de la dinastía de los Tsin, She-Hoang-Ti, al que llaman el Perfecto, terminó la muralla e hizo una hoguera hasta el cielo con los libros de la jurisprudencia. Con los sucesores del Perfecto creció el Imperio, por el Sur, hasta el Mar Indico, y por el Oeste, hasta las fronteras del Imperio romano. Creemos que Chang, más que a She-Huang-Ti, aspira a parecerse a los que le siguieron. Eso fué en todo caso hace dos mil quinientos cuarenta y cinco años, que allí son relativamente pocos. Digamos aquí nosotros lo que el *Libro de Alexandre*:

*Non cuentan de Alexandre las noches nin los días;
cuentan sus buenos fechos e sus caballerías.*

Ni aun con buenos hechos sería Chang-Kai-Chek uno de los cuatro grandes, o sea de los «Big Four». Aliado de los tres: eso es lo que será a la hora de la paz.

CHURCHILL, ROOSEVELT Y STALIN,
EN LAS RIBERAS DEL MAR NEGRO.

Asistimos ya al encuentro de los tres en un lugar cuyo nombre ignoramos. Departen, al parecer, en las riberas de un mar interior surcado por quillas rusas. Tres ríos soviéticos, pero también uno de gran estilo, le llevan su caudal. Este último se ha hecho ilustre en Ulm o en la Ratisbona bávara, donde Bonaparte venció; en Viena o en el Presburgo eslovaco; en Budapest o en Belgrado; en Sistova, ese Móstoles de Bulgaria, o en la Silistria de los bastiones rumanos; en Galatz

o en las tierras de Besarabia, se llamen Ismail o Killia. Es el Danubio, y cerca de él no hay lugar que no se cargue misteriosamente de flúido a fuerza de polarizar aventuras militares. Pero con todo, el mar interior en que se vierte no es el mar de las mil voces, al que el aeda ciego llama también el de la risa innumerable. Referencias clásicas sobre el Ponto Euxino abundan; pero si no han quedado en nuestra memoria, por algo será. No es que sobre ese mar algún cometa no haya anunciado mutaciones al mundo griego o al bizantino. Pero una conjunción como la de los tres de ahora no se recordaba allí. Puede suceder, sin embargo, que no es en las riberas del Mar Negro donde los tres se han reunido. El lugar importa menos que lo que se elucide en él. Fué sir Walter Citrine el primero que en el Congreso Mundial de los Trade Unions notificó que Churchill se había ausentado para conferenciar con Roosevelt y con Stalin. El viaje de Hopkins a Londres y a París ha sido un prólogo a la entrevista de los tres jefes. Con De Gaulle ha dialogado largamente en la capital de Francia Hopkins, a quien enviaba Roosevelt con instrucciones muy concretas. El general De Gaulle ha dicho que la nación francesa descaba estar presente en las deliberaciones de los tres. Planea ya como ellos la arquitectura política del mañana de Europa, y confía en que se le escuche. Para De Gaulle la línea de seguridad de la Europa de Occidente es el Rhin, al que la Francia beligerante no renuncia. Seguirá esta nación, que renace a destinos nuevos, las conversaciones de los tres sin retraerse ni inhibirse. No Hopkins, sino Roosevelt directamente, como antes Churchill, han mostrado su interés por los criterios de De Gaulle, que es un participante en la guerra. Para que Francia, eso sí, consolide su alianza con Inglaterra, habrá que esclarecer la situación de Siria y de Líbano. Días atrás trató de ella en la Royal Empire Society de Londres sir Edward Spears, representante británico cerca de las Repúblicas árabes de 1942 a 1944. No se aviene De Gaulle, según Spears, a que caduque el mandato que le fué conferido a Francia por la Liga de las Naciones. Desde 1930 regía la Unión Aduanera de los Estados de Siria (incluído el Sandjak autónomo de Alejandreta) y de Líbano, así como de los Gobiernos de Lattaquié y de Djebel Druse. De diciembre

de 1920 datan los tratados de frontera con la Gran Bretaña (Palestina y Transjordania), que París completó el 7 de marzo de 1923. Los confines siroturcos fueron definitivamente fijados por el Protocolo final de límites en Alep en 1930, y los siroiraqueses, tres años después. Quedaba el poder supremo en manos del Alto Comisario francés, que es el que mediaba entre los Gobiernos locales y los representantes de las potencias extranjeras. En 1936 reconocía Francia en París la independencia de Siria, y en Beyrout la de Líbano, aunque tutelarmente y bajo su alta protección. En 1938, en fin, se transformaba el Sandjak de Alejandreta en República de Hatay, cedida en 1939 por Francia al Gobierno de Angora. Lo demás se conoce, pero no quizá que los Gobiernos sirio y libanes han votado créditos para instituir un ejército nacional independiente, a la vez que decretan la retirada de los oficiales de las dos Repúblicas, del Ejército francés. Desde 1941, en que Inglaterra ocupó Siria y Líbano, se mantiene la tirantez francobritánica, en este punto al menos. Era en 1941 residente francés en Levante el general Catroux, hoy en viaje a Moscú, y firmó por cierto la Carta de Independencia de los Gobiernos de Damasco y de Beyrouth. Pero Francia no renuncia a su mandato y Churchill lo sabe y lo deplora. Spears, ante la Royal Empire Society de Londres, primero, y en un artículo de *Sunday Dispatch* después, ha recordado que De Gaulle, antes de pactar enteramente con Churchill, desca dirimir las disparidades sobre el Oriente medio. ¿Condescenderá Inglaterra? Cree Spears que no. Ante el sionismo de Palestina, al que Norteamérica apoya, la Gran Bretaña, que ampara los intereses árabes, no condesciende tampoco.

El Gobierno de Polonia expatriado en Londres entregó días antes del encuentro de los tres un memorándum a los ministros de Asuntos Exteriores de Inglaterra y de los Estados Unidos. Pide que una autoridad interaliada se encargue de la administración de Polonia hasta que el país pueda organizar sus elecciones. Una propuesta así es razonable para Londres; no lo es tanto ni mucho menos para Moscú.

Entre la reunión de Teherán y la de ahora han transcurrido catorce meses. El tiempo, piensan unos, es gentil-hombre; el tiempo, piensan otros, es el más sigiloso de los

ladrones. España ha dicho de él sentenciosamente que es el río de sombra que nos anega. De gentilhomme esta vez no ha tenido demasiado ni para Churchill, ni para Roosevelt, ni para los ausentes en el encuentro. De lo dilucidado en Teherán no se conoce todo; de lo dilucidado ahora no se conoce nada. La suerte de Alemania es, desde luego, el tema más apasionante. Churchill, al parecer, ha propuesto un consorcio aliado para Renania y el Ruhr. Premeditará De Gaulle al saberlo algunas objeciones que ya la Junta de París insinúa. No falta en ella quien acuse a una potencia aliada, y hasta a más de una, de favorecer la expedición de Ligas nacionalistas de Berlín y de Baviera a Renania para contrarrestar allí la influencia francesa. A la suerte de Alemania, según los rusos, no es ajeno el Comité nacional de Alemania que actúa desde Moscú. Es menos ajeno en todo caso el «Volksturm», que recurre desde ahora a los alemanes de cualquier edad que puedan sostener un arma. Ha estudiado un escritor las semejanzas entre el «Volksturm» y aquel «Landsturm» creado por el Rey de Prusia en 1813, en ocasión por cierto en que los rusos avanzaban sobre los mismos campos en que se combate ahora, entre el Vístula y el Oder. En el decreto de creación del «Landsturm» se decía: «Los Estados crean una milicia común bajo mis órdenes y de los príncipes de mi Casa. Las fuerzas de cada provincia estarán bajo el mando inmediato del gobernador militar y civil de la misma.» El decreto de Hitler dice: «En todas las provincias del gran Reich alemán será formado el "Volksturm".» Intervienen en su formación las organizaciones nacionalsocialistas: las S. A. «Sturm Abteilung», que es sección de Asalto; las S. S. «Schulzstaffel», o escalones de protección que sirvieron al nacer de guardia personal al Führer»; el N. S. K. K., Cuerpo de Automovilismo Nacionalsocialista, y las Juventudes Hitlerianas. ¿No hablarán también Churchill, Roosevelt y Stalin de estas organizaciones?

El Ministerio de Información de Londres anuncia cuando va a cerrarse ya este número que los tres, con sus jefes de Estado Mayor, sus tres secretarios de Asuntos Exteriores y otros consejeros, están reunidos, como se creía, en las riberas del Mar Negro. «Su propósito —añade— es el de coordinar

planes para que se logre pronto la derrota del enemigo y pueda ser, juntamente con las naciones amigas, bien cimentada la paz futura.» Y luego: «Se celebran entrevistas continuamente. La Conferencia comenzó con debates de carácter militar. Ha sido considerada la situación actual en todos los frentes europeos, y se procede con gran amplitud a un cambio de informaciones.» Estudia la Conferencia, según la nota del Ministerio, «los problemas políticos y económicos de la Europa liberada y las propuestas para la creación de un organismo internacional permanente que vigile la paz». Una frase de Tácito en su *Vida de Agrícola* nos acude a la memoria acerbamente. Es aquélla: «Putabat offendere honestius quam odisse» («Pensaba que ofender es más honesto que odiar»).

Tememos que el rencor dure más que la memoria del agravio y que los pueblos de Europa no recobren, pese a todo, ni la antigua fe ni la unidad antigua. No dejaremos, por nuestra parte, de comentar en el número próximo las deliberaciones de los tres de que habrá noticia. Será difícil no mostrarse «*injucundus adversus malus*», según en el pasaje citado escribe también nuestro Tácito. Si no alegría, que nos está vedada en este caso, no habrá tampoco en nuestra nota ni cavilosidad ni relampagueos de cólera. ¿Para qué tanto sosiego cuando la brutalidad degrada hasta a los mejores? Eso mismo nos preguntamos nosotros.

MANILA.

Manila ha vuelto a manos norteamericanas. Quede aquí con la brevedad lapidaria de una inscripción la noticia. Eternamente ha de vivir España en la capital del archipiélago filipino, como vive en las ciudades de América. La historia de Méjico como la de Lima, Quito, Santa Fe de Bogotá, Caracas o Montevideo, son historia de España. El idioma de Mac Arthur convive en Manila con el español que las piedras más ilustres rezuman. Es el español del estrado real y de las catedrales, el de la curia y las aulas, el de las misiones y los adelantamientos; es el que animó las cuatro virtudes de una casta que supo como ninguna guerrear, navegar, fundar y... renunciar.

No dejemos con todo que las palabras suenen demasiado. No de nosotros, sino de los reconquistadores de Manila, después de lo de Pearl Harbour, hablemos. «Creyeron los japoneses —decía ayer una agencia de Londres— que el ataque a Pearl Harbour era para el futuro la inmunidad metropolitana del Imperio del Sol Naciente y el trámite previo para conseguir que sus grandes unidades pudiesen aproximarse a las costas de los Estados occidentales norteamericanos de California, Oregón y Wáshington, para bombardear San Francisco, Seattle y Portland y hasta acaso para poner pie en ellos.» Ha acontecido o va a acontecer casi lo contrario. Las superfortalezas volantes de los Estados Unidos bombardean no tan sólo las instalaciones de Kiobe, sino las ciudades más populosas del Japón. Han conseguido las fuerzas de Mac Arthur desembarcar en Loló, que es una de las islas del archipiélago de las Zuló, equidistante de las Filipinas y de Borneo. Están, por otra parte, en la Manila fundada por españoles hace trescientos sesenta y cuatro años, y española durante trescientos diecisiete. ¡Manila!... Hasta el tagalo y otros dialectos vernáculos (bisaya, ilocano, ilongo) lo reaprendiste en las gramáticas de nuestros misioneros. Uno de los tuyos cantó:

*No en vano por tres siglos tus ejércitos
han levantado en mi solar tus tiendas.*

¡Manila!...

PEDRO MOURLANE MICHELENA.

